



MARKOS ESCONDÍA ALGO. LO SUPE INCLUSO ANTES
de que sacara la caja de su bolsillo.

De las vigas de La red de la abundancia colgaban lámparas de latón que proyectaban patrones intrincados sobre los arcos de estuco blanco. Aromas tentadores escapaban por la puerta vaivén de la cocina. Breen, el hombre-rana que era propietario y cocinero del lugar, tenía una excelente reputación. Estaba parado en la puerta, con su piel manchada verde y parda, observando las mesas ocupadas. Al ver que me miraba, asentí a modo de saludo. Su restaurante servía los mejores mariscos de Valonikos, y veníamos con frecuencia.

—¿Y bien? —Markos le dio un empujoncito a la caja envuelta en papel—. Ábrela.

Para mi sorpresa, se había negado a hablar acerca del misterioso mensajero. En lugar de eso, había pedido un decantador de vino y luego había procedido a beberse la mayor parte. Ya íbamos por el segundo plato y todavía no habíamos hablado acerca del mensaje.

Desaté la cinta de terciopelo que estaba alrededor de la caja mientras sentía sobre mí las miradas curiosas de los otros parroquianos. Sabían exactamente quién era Markos. Casi podía oírlos murmurando. *Emparqués*. Pero también: *Exiliado*. *Impostor*.

Miré a Markos con recelo, rasgué el papel elegante que envolvía la caja y levanté la tapa.

Sobre una almohadilla blanca como la nieve había un brazaletes. Gemas azules y rojas centelleaban bajo las luces parpadeantes. Fingí no notar el silencio que había invadido las mesas cercanas, mientras la gente intentaba escuchar lo que decíamos por encima del repiqueteo de la vajilla.

Me quedé observando la caja, confundida. ¿Un brazaletes? Yo nunca usaba joyas.

Markos se reclinó en su silla, mientras movía su copa haciendo girar el vino en su interior.

—Digamos que es un regalo de cumpleaños.

Se me había secado la boca.

—Sabes que falta un mes para mi cumpleaños.

Se encogió de hombros.

—Un regalo anticipado, entonces.

Incluso yo, que no sabía nada acerca de ese tipo de cosas, me daba cuenta de que el brazaletes era exquisito. Tenía una joya roja en forma de rombo rodeada por un arco de zafiros sobre una elegante argolla de oro. Una *enorme* joya roja.

Dudé en tocarla, aunque tenía las manos limpias.

–No es... no es un rubí verdadero, ¿no?

–¿De verdad piensas que te regalaría joyas de fantasía? –preguntó con tono burlón.

Al final resultó que el Emparqués tenía cuentas no solo en bancos de Akhaia, sino también en los países vecinos. Con la ayuda del cónsul akhaiano, Markos había luchado durante meses con el papeleo necesario para solicitar oficialmente asilo en Valonikos. Pero una vez que su identidad había sido verificada, hubo cierta confusión sobre si las cuentas pertenecían a la familia Andela o a la Emparquesía. Para cuando todo se aclaró, los representantes de los Theucinian se habían llevado la mayor parte del oro y la plata.

Me estremecí al recordar el día en que Markos se había enterado. Había arrojado un frasco de tinta contra el suelo. Había hecho un lío espantoso.

El *Hierofante*, un periodicucho detestable, había tomado la costumbre de llamar a Markos “el Emparqués Mendigo”. Era mejor que “el Impostor”, pero no mucho. Si alguna vez atrapaba a Fabius Balero-phon, el tonto periodista que había inventado el apodo, iba a darle un puñetazo.

Rocé las frías gemas con los dedos. Markos no podía pagar esto.

–Es hermoso, pero...

Exhaló y se le formó una arruga entre los ojos.

–Debo admitir que esto no está saliendo como esperaba.

–Todo lo que iba a decir es: ¿no te salió terriblemente caro?

Sus fosas nasales se ensancharon.

–Soy un Emparqués, no un indigente, sin importar lo que diga ese desagradable periódico. Y, de todos modos, no lo compré. Pertenecía a mi madre.

–Creí que todas sus joyas se las habían llevado los... –noté que se ponía tenso y me apresuré a corregirme—. Eh, que se habían perdido.



De mi padre había heredado mis pecas y el color castaño rojizo de mi cabello, así como también mis instintos de contrabandista. Ahora, esos instintos no presagiaban nada bueno. Recordé lo arrogante que había sido Markos cuando nos conocimos, cómo ocultaba su intenso dolor tras modales altaneros y lenguaje formal. Esta noche me recordaba al antiguo Markos.

Algo andaba mal. Y no quería que yo lo supiese.

–La prima Sophronia encontró el brazalete en su casa –explicó–. Mi madre lo dejó a su cuidado años atrás, antes de que yo naciese, durante un viaje a la costa.

Al llegar a Valonikos, Markos se había quedado con Tychon y Sophronia Hypatos, sus primos lejanos que vivían en la Colina, que era como llamaban al tranquilo y elegante barrio que estaba en el centro de la ciudad. Aunque Markos no hablaba sobre por qué se había marchado, yo sospechaba que Sophronia había dicho algo grosero sobre mí. ¿Qué podría haberlo hecho ir a su casa esta noche?

Markos se aclaró la garganta.

–Quería sorprenderte con algo bonito. Para mostrarte cuánto te... lo que siento por ti.

No me estaba mirando a los ojos. Se me hizo un nudo en el estómago.

–Markos, ¿qué pasa?

Tragó saliva.

–No pasa nada.

–Sí, *algo* pasa –insistí. Al notar que la gente nos estaba observando, bajé la voz. Señalé el brazalete y dije–: Esto es... es demasiado. Nunca antes habíamos necesitado este tipo de cosas. Pensé... pensé que todo era perfecto entre nosotros. ¿Tú...? –contuve la respiración–. ¿Tú no lo crees?

Markos sujetó con fuerza el borde de la mesa y los nudillos se le pusieron blancos.

–No es que el brazalete no sea lindo –agregué rápidamente.

Hizo un sonido como si se hubiese atragantado.

–No quise decir lindo. Precioso... es precioso –tartamudeé.

Estaba diciendo todo lo que no debía decir. El brazalete había pertenecido a su madre y yo había metido la pata al insinuar que no me gustaba. Observé las gemas en su montura ornamentada. ¿Dónde usaría algo así? Había sido pensado para una Emparquesa, y yo era capitana de un barco.

Y ese era el verdadero problema, ¿no? Desde que había descubierto que había sido elegida por la diosa del mar y no por el dios del río, me había sentido incómoda conmigo misma. Cuando estaba en el *Cormorán* siempre sabía qué hacer. Ya no tenía esa seguridad, esa sensación de saber cuál era mi lugar en el mundo. Markos pensó que solo me estaba dando algo bonito, pero no entendía.

Este brazalete no era mi estilo. El rubí brilló burlonamente en mis ojos bajo la luz de la lámpara, como un recordatorio más de que toda mi *vida* ya no era mi estilo.

–Olvidémoslo –dijo Markos. Bebió lo que le quedaba de vino y apoyó la copa con un golpe sobre la mesa–. No quieres el brazalete. Lo entiendo.

Era como si estuviésemos en dos botes diferentes y la marea nos estuviese alejando cada vez más. Quería más que nada en el mundo arrojarle una cuerda, pero no sabía cómo. Estaba tan enfadado y yo estaba tan...

Asustada.

Cerré mi mano alrededor de la caja.

–Sí, lo quiero.

–Caro, me lo llevaré. Está *bien*.

Sabía que no estaba bien. Con las manos húmedas y pegajosas saqué el brazalete de la caja y me lo puse en la muñeca. El oro se sentía pesado y frío contra mi piel.



Markos estiró el brazo por encima de la mesa e intentó tomar el brazalete, pero lo esquivé.

–¡No sabía que eras tan malo dando regalos!

–No tanto como tú aceptándolos –murmuró.

–Bueno –dije, mientras giraba mi mano a un lado y al otro para que el rubí reflejase la luz–. ¿Cómo me veo?

–Bellísima, por supuesto.

Me di cuenta de que él quería decir algo más, pero vaciló tanto tiempo que el silencio se volvió incómodo.

–Markos Andela –dije, fingiendo un tono severo–, no sonaste muy convencido –busqué desesperadamente cualquier cosa que pudiese decir para relajar el ambiente–. Quizás si *solo* llevase puesto este brazalete, entonces ¿podrías mostrar más entusiasmo?

Me estremecí en cuanto lo dije. Había intentado coquetear con él usando las joyas de su madre muerta. Aunque él nunca la hubiese visto usar este brazalete en particular, era terriblemente inapropiado. Si solo hubiese prestado más atención cuando mamá me insistía en que aprendiese modales y etiqueta.

Markos sonrió, y yo exhalé aliviada.

Luego se desplomó y cayó al suelo de costado.

Se me heló la sangre. Detrás de mí, una mujer gritó. Me lancé al suelo de rodillas.

–¿Markos?

Estaba vivo, pero tenía los ojos cerrados y apretados por el dolor. ¿Acaso el vino había sido envenenado? Le toqué la frente. Imposible, los dos habíamos bebido del mismo decantador. Retorciéndose de dolor, Markos se tomó el muslo derecho. Una mancha roja apareció en sus pantalones.

Me quedé mirándolo horrorizada.

–Que me maldigan todos los dioses.

La sangre se derramaba entre sus dedos. ¿Cómo había sucedido esto? No había oído ningún disparo. Sobre mi vestido llevaba una chaqueta de cuello alto adornado con lazos. Me la quité rápidamente y presioné la tela contra la herida.

Algo pasó zumbando por encima de mi cabeza, y el decantador explotó. El vino tinto se derramó sobre el mantel, tan rojo y brillante como la sangre que se acumulaba sobre las baldosas. Definitivamente había oído *esa* bala.

Todo el lugar pareció congelarse por la conmoción. A través del mar de mesas noté movimiento junto a la puerta-ventana que llevaba al jardín. Una cortina de gasa se agitó, y un hombre con un abrigo negro huyó rápidamente hacia la oscuridad.

Al ver la sangre de Markos, un camarero dejó caer su bandeja. Los platos se estrellaron contra el suelo y se hicieron añicos. La multitud cobró vida y se aproximó a empujones, vociferando excitadamente. La punta de una bota de hombre me golpeó en la pierna.

Markos maldijo con los dientes apretados. Siempre tenía el rostro pálido, pero ahora estaba prácticamente translúcido, y sus ojos azules estaban un poco desenfocados. Con los dedos temblorosos intentó tomar mi mano pero falló.

—¡Apártense! —le gruñí a la gente que nos rodeaba, dando codazos. Mi frente se cubrió de sudor—. ¡Déjenlo respirar!

Algo pardo verdoso aterrizó a mi lado. Dedos de rana.

Breen, el cocinero, me puso una pila de toallas en las manos. Las amontoné y las presioné sobre la herida. Había tanta sangre. Una bala en la pierna era mejor que una en el corazón, pero ¿y si le había dado a una arteria? Markos podía morir desangrado.

O perder la pierna.

A través de la cortina, vi que el sicario se dirigía hacia el seto que estaba al fondo del jardín.



–¡Es él! –grité–. ¡Que alguien detenga a ese hombre!

Pero en la confusión, nadie me oyó. Levanté la mano temblorosa de Markos y la besé.

–Tengo que ir tras él.

–Caro –dijo Markos con la voz entrecortada–. ¡No!

Breen apoyó su mano encima de la mía sobre las toallas ensangrentadas. Había algo tranquilizador acerca del contacto con sus dedos palmeados, cada uno de los cuales terminaba en una bola verde. Me recordaba a Fee, la mujer-rana que era la primera oficial de mi padre a bordo del *Cormorán*, y a quien le confiaba mi vida.

Los ojos redondos y amarillos de Bree giraron hacia arriba para mirarme.

–Ve.

Solté la mano de Markos y me puse de pie de un salto. Los malditos miriñaques eran poco prácticos, pero eran útiles para esconder un montón de armas. Me levanté la enagua hasta las rodillas, lo que provocó gritos ahogados de la multitud, y hurgué por debajo. Mis dedos encontraron los fusiles de chispa. Los saqué de un tirón y eché a correr.

Salté por el umbral y aterricé en el jardín. Una señora lanzó un alarido y dejó caer su cuchara al ver mi ropa manchada de sangre. Me di cuenta un poco tarde de que todas las mesas del jardín estaban ocupadas. Había caído en medio de la cena de toda esa gente. Se quedaron mirándome, con los cubiertos suspendidos en sus manos. Una mujer rio nerviosamente.

El hombre había desaparecido, pero las ramas del seto todavía se movían en el lugar por donde había pasado. Esquivando las mesas, corrí tras él.

Disparar en un restaurante lleno de gente era una locura. Los fusiles de chispa no tienen fama de ser muy precisos a grandes distancias. El disparo del sicario le había dado a Markos en la parte superior del muslo, cuando

seguramente debía haber estado apuntando a su corazón o a su cabeza. Podría haber matado a un comerciante inocente que estuviese cenando allí, o a un camarero, o a cualquiera de estas personas.

Me metí en el seto y las ramas se me engancharon en el cabello y en la falda. El encaje del cuerpo del vestido se atoró en las ramitas, refrenándome. Me abrí paso con un gruñido y el encaje se rasgó. Mi vestido estaba arruinado, al igual que mi cabello y mi chaqueta.

Salí del seto hacia la calle de golpe y miré frenéticamente en ambas direcciones.

A esta zona la llamaban el distrito mercantil, un nombre engañoso, ya que no había puestos comerciales ni vendedores que pregonaran su mercadería por aquí. A ambos lados de la calle se elevaban sobrios edificios de piedra con puertas talladas de manera elaborada, flanqueadas por jarrones con flores. Aquí era donde las navieras más acaudaladas tenían sus oficinas. La de los Bollard, la familia de mi madre, estaba a una calle de distancia. Los postes de luz iluminaban las calles empedradas, por donde los comerciantes andaban apresurados llevando libros de cuentas llenos de números y los capitanes con sombreros de tres picos pasaban fumando sus pipas. Había gente de todas partes, con tonos de piel que iban desde el moreno más oscuro de Ndanna hasta el pálido azulado de Akhaia del norte.

Divisé un movimiento repentino. Más adelante, el sicario me había visto salir del seto y comenzó a correr, abriéndose paso a codazos entre la gente que estaba en la acera. La luz destelló sobre algo metálico que tenía en la cintura. Llevaba una espada además de una pistola.

–¡Asesino! –grité–. ¡Deténganlo!

Dos guardias, que estaban junto a la entrada de un edificio cercano, levantaron las cabezas, pero no podía permitirme esperar a ver si se unían a la persecución. El sicario se metió en un callejón y yo lo seguí a toda velocidad, dando vuelta en la esquina.



El callejón descendía en una cuesta pronunciada entre paredes de estuco blanqueado. Había un fuerte olor a pescado podrido. Más abajo, a lo lejos, entre los edificios, alcancé a ver mástiles y perchas. Se dirigía hacia el puerto.

Mi zapato resbaló sobre una piedra mojada. Sentí un dolor agudo que me atravesó el tobillo, pero lo ignoré. Esta vez, el sicario no iba a escapar. Sentía mi pulso caliente en las sienes. Aparté mi falda enredada de una patada y juré que, a partir de ahora, solo usaría botas y pantalones *en todas partes*.

A lo lejos, más adelante, el abrigo del sicario se veía como un punto negro que se movía de arriba abajo. Mi miedo por Markos bullía bajo la superficie, arañándose con garras negras, pero lo reprimí. Tenía que alcanzar al asesino.

Salí patinando entre dos depósitos y, de pronto, la ciudad se desplegó a mi alrededor. El puerto de Valonikos se extendía bajo el cielo violáceo del ocaso, como una colección de mástiles y velas. Había chimeneas, carretas y depósitos, con sus grandes puertas abiertas como bocas, diseminados por la curva de la bahía. El aroma del mar me levantó el ánimo y seguí corriendo con energía renovada.

Él se apresuró por el muelle, esquivando pilas de barriles y trampas para cangrejos cubiertas de algas. Con un movimiento rápido de su muñeca desamarró un chinchorro de un poste y tiró del cabo para aproximarle al muelle.

Levanté mi pistola y disparé, pero el tiro rebotó contra la proa del bote de madera con una lluvia de astillas.

El hombre se volvió y desvainó su espada. Apreté el gatillo de mi otra pistola, pero se atascó. Con el corazón en la boca revolví mi funda en busca de municiones. Pero las manos me temblaban tanto que las balas de plomo se me resbalaban entre los dedos.

La salada brisa marina me revolvió el cabello y, de repente, tuve



una idea. proyecté todos mis sentidos hacia afuera y recurrí al mar. No necesitaba armas, no cuando tenía el poder de todo el océano al alcance de la mano. Me concentré en el agua, mientras intentaba recordar cómo me había sentido el día en que las olas se habían separado por mí. Mis fosas nasales se ensancharon. Los músculos de mis brazos se tensaron, y el mar...

El mar no se movió.

El sicario se acercó, levantando su espada.

Escuché un fuerte estruendo, seguido del tintineo de vidrio roto. El hombre se desplomó hacia delante sobre la bancada y su espada cayó repiqueteando inofensivamente al fondo del bote. El chinchorro se meció creando una pequeña estela.

Me sequé el sudor de los ojos y levanté la vista hacia mi salvador.

Docia Argyrus estaba parada en el muelle, sujetando una botella oscura rota.

—Creo que este sujeto no irá a ninguna parte.

